

NUM. 54.

Madrid 4 de Marzo de 1905.

ANO II

LIBRERIA
DE LA
CALLE DE
SANTA
TERESA
1905

ROSA Y AZUL

REVISTA PARA NIÑOS



15 céntimos

SGCB2021

ROSA Y AZUL

Número corriente: 15 céntimos. REVISTA SEMANAL ILUSTRADA. Número atrasado: 25 céntimos
Redacción y Administración: Marqués de Santa Ana, 2.—MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA: Seis meses, 3,50 pesetas; un año, 6 pesetas.

EXTRANJERO: Un año, 12 pesetas.

VENTAJAS QUE REPORTA LA SUSCRIPCIÓN

1.^a **Economía**, puesto que se obtienen por *seis pesetas* 52 números que, comprados semanalmente, cuestan **7,80 pesetas**, y además recibe el suscriptor como regalo en fin de año unas elegantes tapas y el índice para encuadernar *Rosa y Azul*.

2.^a **Preferencia** en el orden de inserción de los trabajos.

3.^a **El regalo** de los 112 folletines que van publicados de las divertidas *Aventuras de un pequeño filósofo*.

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D.
residente en provincia de
calle número cuarto
se suscribe á *Rosa y Azul* por meses, y envía su im-
porte en (1)
..... de de 1905.

El suscriptor,

(1) Libranza de la Prensa, del Giro Mutuo, Sobre monedero ó metálico

No se admiten sellos de Correos

ROSA Y AZUL

REVISTA SEMANAL
ILUSTRADA, MORAL É INS-
TRUCTIVA, DEDICADA Á LA
JUVENTUD

Director propietario: Estanislao Maestre

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Marqués de Santa Ana, núm. 2, primero.

NUESTRO CONCURSO



Miguel González García

(DE SIETE AÑOS)

Habitante en San Lorenzo del Escorial, Navas del Marqués, 7.
(NÚMERO 35 DE LAS ADMITIDAS)

COCHE PROPIO

¿QUIÉN es el que en este pícaro valle de lágrimas no tiene aspiraciones?

Yo creo que todo mortal las tiene. Hay quien espera que la lotería sea su salvación para comprar un hotel y hacerse servir por varios criados; otro, ahorra y ahorra para reunir lo suficiente y adquirir terreno para labrar y recoger el fruto; en fin, que el que más y el que menos vive y trabaja esperando mejorar cualquier día su situación.

Pues bien; en un pintoresco pueblecito, cuyo nombre no hace al caso, existía un matrimonio, labrador, con un chicarrón por hijo, cuya única aspiración era... ¡tener coche propio!

Y esto, en quien pone de su parte lo que puede, estudiando, trabajando, está bien; mas Juanillo, pues así se llamaba el chico, quería coche, pero sin trabajar, ni estudiar: un coche llovido del cielo, como quien dice.

En las eras del pueblo no se le podía mandar hacer otra cosa que trillar, y eso porque iba sentado sobre el trillo.

Juanillo fué creciendo; y sus padres, cada vez con menos bríos para trabajar, necesitaban que su hijo les ayudase, y gracias á recomendaciones que buscaron pudieron colo-

carle. ¿Dónde? De postillón en una diligencia que pasaba diariamente por el pueblo.

Relativamente, Juanillo no se encontraba mal, pues iba en coche; pero no era suyo, y esto le atormentaba. Llegaron las quintas; cayó soldado y, por su talla, fué escogido para Artillería, y en un regimiento montado estuvo prestando sus servicios á la patria.

La suerte le iba siendo favorable, pues siempre, por unos motivos ó por otros, él iba en coche. ¡Y poco estirado que se ponía cuando estaba en el armón de la pieza!

Al fin le licenciaron, y entonces fué cuando Juanillo empezó á cavilar de veras, pues en los años que transcurrieron desde su salida del pueblo se quedó solo en el mundo; sus pobres padres pagaron con la vida su tributo á una epidemia contagiosa que invadió la

comarca en que residían. No le quedaba otro recurso á Juanillo que aprender un oficio, y así lo hizo; entró en un establecimiento de coches en calidad de mozo de cuadra, y pronto se le vió por Madrid guiando un coche de punto.

Como se ve, el muchacho se acercaba cada vez más á su única aspiración, aunque la barrera que le separaba de su ideal era un



poquito alta todavía y no la tocaba con la mano; pero ya lo conseguiría.

Pasaron varios años, durante los cuales había perdido de vista á Juanillo; muchas veces me acordé de él, preguntándome con insistencia: ¿tendrá coche propio?

Una de estas veces precisamente me dirigía yo al Retiro, cuando ví que un pobre me acercaba una bandeja implorando limosna; eché mano al bolsillo, y cuál no sería mi asombro al fijarme y reconocer en el mendigo á Juanillo.

Efectivamente, él era; y preguntado por la causa, me contó lo siguiente: Yendo en el pescante del coche tuvo la mala suerte de que el caballo que guiaba se encabritase, y por sujetarlo, evitando así muchas desgracias en la Carrera de San Jerónimo, donde ocurrió el suceso, perdió el equilibrio y cayó al suelo, rompiéndose las dos piernas. Al principio lo socorrieron, y poco á poco le fueron olvidando, hasta que, siempre con su idea, mandó construir el carrito en que estaba metido, y con unas tablas sujetas á la palma de la mano por unas correas, daba impulsión y el vehículo andaba.

—Ya ve usted—me decía con los ojos lle-

nos de lágrimas—en la situación en que me encuentro: lleno de vida, joven aún y teniendo que vivir á merced de unos y de otros. La caridad se ejerce más estrechamente cada día, porque las cosas están muy malas. Ayer

pasó junto á mí D. Julián el amo que tenía cuando me ocurrió la desgracia, y ni siquiera me saludó. Dios se lo pague.

—¿Pero no hay una ley de Accidentes del trabajo?

—Sí, señor; mas cuando yo me quedé sin piernas aún no existía.

Como yo me condoliese de su infortunio, me dió las gracias y me dijo: —Tengo resignación y llevo mi desgracia con paciencia, agradecido á Dios que me dejó con vida.

¡Si usted supiera el placer que experimento viniendo aquí á ver pasar á los niños!...

Su voz se veló por la emoción. Yo comprendí aquel grito de una paternidad soñada en días mejores. Le socorrí y alejé de aquel sitio con el corazón apenado. Y diviéndole siempre en su carrito, marchando al impulso de sus propias manos, pensaba tristemente:

¡Pobre Juanillo!... ¡Al fin tiene *coche* propio!

RAFAEL BARRIOS.



ROGAMOS á nuestros lectores nos den su opinión acerca de la reforma que en este número introducimos, como asimismo que se fijen en las secciones abiertas en el anterior con los títulos GAZAPOS y PARA EL CENTENARIO DEL «QUIJOTE».

JUAN Y PERICO

(Historia de un mirlo sabio.)

CAPÍTULO PRIMERO

ÉRANSE que se eran un muchacho que atendía por el nombre de Juan y un mirlo al que habían puesto por nombre Perico.

Juan tenía una abuela, excelente campesina de Santander, que vivía sola en la casuca de adobes, sin otro amor que el del muchacho, al cual adoraba, porque era muy bueno, aunque algo simplón.

Un día la abuela dijo á Juan presentándole una cesta:

—Querido mío, he aquí una docena de huevos que vas á llevar á casa de D. Simeón, médico de la cercana aldea de Muñogalindo. El me los pagará cuando yo vaya el jueves al mercado.

—Está bien, abuela.

—Prepara bien tus piernas, y á toda prisa



Era un mirlo muy feo.

vete á cumplir mi encargo. ¿Le entendiste bien?

—Sí, señora.

—Pues anda, y vuelve en seguida.

—Así lo haré.

Juan emprendió su camino á toda prisa, y canturreando, canturreando, como sólo ha-

bía un kilómetro de distancia, llegó en seguida á Muñogalindo. Pero antes de entrar en el pueblo sentóse á la sombra de un árbol para descansar un momento. Apenas acaba-



Desde la punta de la rama el mirlo le hacía guiños.

ba de sentarse escuchó una voz que decía:

—Buenos días, Juan.

Al pronto intentó escapar á correr sin preocuparse de la cesta ni de su contenido; pero al ver que no asomaba por allí alma humana, tranquilizóse un poco. ¿Habría sido ilusión suya? Escucha y vuelve á oír:

—Buenos días, Juan.

Y en seguida:

—Juan, ¿aún no has almorzado, verdad?

Ya no había duda: era cierto que, con la prisa, la abuela no le dió el pan y el queso con que diariamente se desayunaba.

Como la voz venía de lo alto, Juan comenzó su investigación á través de las ramas del árbol, y no tardó en ver un mirlo, tan grande, que parecía una gallina. Su figura era un tanto grotesca: tenía muy largo y curvo el pico, y todo su ropaje eran tres plumillas en la parte más sucia del individuo.

—¡Es un mirlo!—pensó Juan—; y por las trazas, bien educado y conocido mío. Tal vez se habrá escapado de alguna casa del pueblo. Si no es que le han soltado por feo.

Y le preguntó:

—Mirlo, ¿cómo te llaman?

—Perico.

—¡Como el sacristán!—dijo Juan riendo con toda su alma—. ¡Como el sacristán!

El mirlo imitó la risa.

—Muy bien—dijo el muchacho—: Juan y



Tronchóse la rama...

Perico; dos bonitos nombres. Podíamos ser un buen par de amigos.

Y con mucha delicadeza invitó a Perico á que descendiese del árbol para echar una parrafada. Mas como el mirlo no descendiera, trepó tras él á fin de acortar las distancias. Perico le dejaba hacer, y cuando le vió cerca fué escurriéndose hacia la punta de la rama en que se había posado, y que por cierto era muy débil. Desde allí le hacía guiños y morisquetas.

Intrigado Juan, decidióse á dar caza al astuto Perico, lo cual no era fácil. Sin embargo, avanzó rama adelante, llamando á Perico con frases cariñosas:

—Periquín, Periquín... ven acá, mirlo mío... iremos juntos al pueblo y te daré garbanzos cocidos. La abuelita te querrá mucho... Serás feliz entre nosotros. ¡Si vieras qué jaula tan bonita tenemos!... Allí pasarás la noche ac-

lentito y mucho mejor que en el campo, expuesto á las heladas. ¿Me oyes?

El mirlo, riendo, decía desde la punta de la rama:

—Periquín, Periquín... Juanín, Juanín...

Juan no pudo contener su impaciencia infantil, y cogiendo la gorra por la visera, lanzóla hacia Perico; pero éste huyó la acometida y... se quedó tan fresco. Juan volvió á los halagos:

—Oye, Periquín; si vienes conmigo te daré uno de los huevos que llevo en la cesta; yo le partiré y nos le comeremos entre los dos... ¡Verás que rico!

Y como el mirlo no escuchara sus dulces razones, echóle nuevamente la gorra, logrando atraparle.

—¡Ah, bribonzuelo!—exclamó—; ahora no te escaparás.

En efecto, Perico quedó prisionero, no



Sus asentaderas eran una cataplasma de huevos.

dejando otra cosa de su individuo fuera de la ratonera que las tres plumillas que ostentaba en la cola.

Juan habría visto colmada su dicha si su imprudencia no le hubiera ocasionado un serio percance, y fué que al inclinar el cuerpo sobre la rama para atrapar á Perico, tronchó-

se aquélla y el chico vino á dar con su cuerpo encima de la cesta. ¡Qué apuros! ¡Qué llamar á la abuela!...

Perico, en tanto, graznaba desesperadamente, sin poder librarse de la gorra.

En medio de sus tribulaciones, Juan gritaba alegremente:

—¡Te cogí!... ¡Te cogí!... Ya no me harás más burla. Te llevaré con la abuela.

Cuando intentó levantarse no podía conseguirlo. Por delante, estaba rojo de cólera; por detrás, completamente amarillo; sus asentaderas eran una cataplasma de huevos.

Perico, en medio de sus apuros, aún pudo gritarle:

—Juan, Juan, no se pescan mirlos á bragas enjutas.

—Es verdad—gimió el muchacho—; pero tú me las pagarás.

Luego se frotó contra un árbol la *part*: *dolorida*, y al ver los huevos rotos comenzó á llorar. ¿Qué decir á la abuela para justificar el incumplimiento de su encargo y la desaparición de éste?

Lo primero era recoger la gorra para no perder todo. Al menos, llevando ésta y el causante de su mal, no sería tan cruel la abuela.

Buscó al mirlo, y al verle prisionero y aleteando, echóse á reír. Tenía gracia. Vaya unos esfuerzos que hacía para escaparse. Había conseguido echar todo el cuerpo fuera de la gorra; pero la cabeza se quedó sujeta dentro del forro. Le cogió gozoso, como el conquistador que acaba de ganar un reino, y pronto olvidóse de la caída, de la cesta y de su contenido... ¡Ahí era nada coger un mirlo tan parlanchín!... Ya no podría la abuela es-

conder el tarro de las ciruelas en almíbar... Perico lo cantaría todo.

Con el mirlo en las manos corrió hacia el pueblo, sin escuchar á los otros muchachos, que le llamaban. Y apenas entró en su casa presentó el pájaro á la abuela, diciéndole:

—Mi querida abuela, traigo un mirlo sabio que se debe haber escapado de casa del maestro de la escuela; tanto es lo que habla y lo bien que se expresa. Ya le oírás usted.

En seguida la explicó todas las peripecias de la cacería, su costalada y la pérdida de los huevos.

¡Cómo se puso la abuela! Ella que contaba con aquellos cuartos para comprarle unos zapatos. Para él sería el mal, que habría de andar descalzo. Después se suavizó un poco. Qué diantre, no se caza un mirlo sabio sin pasar alguna fatiga.

Juan destapó el pájaro, que, atontado por

la sujeción en que había estado y por la carrera del muchacho, no se movió.

—Debe estar muerto—dijo la abuela.

—¡Quiá! Es que se encuentra fatigado. Pero yo aseguro á usted que en cuanto pase un rato charlará «hasta por los codos». Hágame usted una caricia para justificar mis promesas. Le he dicho que sería feliz entre nosotros.

La abuela pasó la mano por la cabeza del mirlo, y éste dijo:

—Buenos días, abuela.

—Se dice abuelita—corrigió Juan.

—Buenos días, abuelita—repitió Perico.

El perro y la gata contemplaban en silencio aquella escena.

—¿Ve usted qué mono, abuelita?



Quedó preso en el forro de la gorra.

Envalentonada la anciana, acercóse más y contempló al mirlo detenidamente.

—Se llama Perico—dijo Juan.

—¡Qué bonito nombre! Como el sacristán. Y le acercó un dedo al pico. El pájaro, que



Hizo presa en el dedo de la abuela.

no debía tener gana de broma, lanzóse tras el dedo y en él hizo presa.

¡Qué escena entonces! La anciana gritaba; mayaba la gata; daba fuertes ladridos el perro, y Juan decía, llorando amargamente:

—Suéltala, Perico, que es mi abuelita. Suéltala, tunante... ¿Pagas así el que te haya traído á esta casa y evitado que te hieles en el bosque?

(Se continuará.)

M. BENET.

DE COLABORACIÓN INFANTIL

LAS PREGUNTAS DE FEDERICO EL GRANDE

FEDERICO *el Grande* tenía la costumbre, siempre que veía entre los soldados de su guardia uno nuevo, de hacerle estas tres preguntas: «¿Qué edad tienes? ¿Desde cuándo estás á mi servicio? ¿Recibiste tu paga y tu vestido como lo deseas?»

Un joven francés pidió que le admitieran en el regimiento, de guardia. Su figura y su talla le hicieron aceptar sobre la marcha;

pero él no entendía el alemán. Su capitán le dijo que el Rey le haría tres preguntas, y le recomendó aprender de memoria sus respuestas. Las aprendió, y el día siguiente le vió el Rey y se dirigió á él; pero comenzó por la segunda pregunta y le dijo:

—¿Cuánto tiempo hace que estás á mi servicio?

—Veintiún años—respondió el soldado.

El Rey, sorprendido de su juventud, le dijo:

—¿Qué edad tienes entonces?

—Un año, señor.

El Rey, más asombrado todavía, exclamó:

—¡O tú ó yo hemos perdido el juicio!

El soldado, que consideraba estas palabras como la tercera pregunta, replicó con firmeza:

—Los dos, señor, para servir á Vuestra Majestad.

Traducción de
FLORENTINO VÁZQUEZ COTO.

(Alumno del Colegio de San Luis, de Pravia.)

PARA EL CENTENARIO DEL «QUIJOTE»

TENEMOS el proyecto de dedicar entero el núm. 63, correspondiente al día 6 del próximo mes de Mayo, al centenario del *Quijote*, que se celebrará en la indicada fecha, y queriendo que los niños rindan su modesto homenaje al inmortal Cervantes, los invitamos á que cada uno nos remita un pensamiento, escrito en prosa ó verso, pero *sin pasar en ningún caso de ocho líneas*, acerca del autor del libro ó de alguno de los personajes que en él figuran.

Ponemos limitación á los trabajos con objeto de poder publicar el mayor número de éstos, formar con ellos un ramillete y ofrecerle á nombre de la infancia española, al autor que más alto puso el pabellón de la literatura patria.

Los trabajos pueden remitirse hasta el 15 de Abril, y un Jurado se encargará de admitir los que reunan condiciones de ser publicados; advirtiendo que, en nuestro buen deseo, le encargaremos *tenga la manga ancha*.

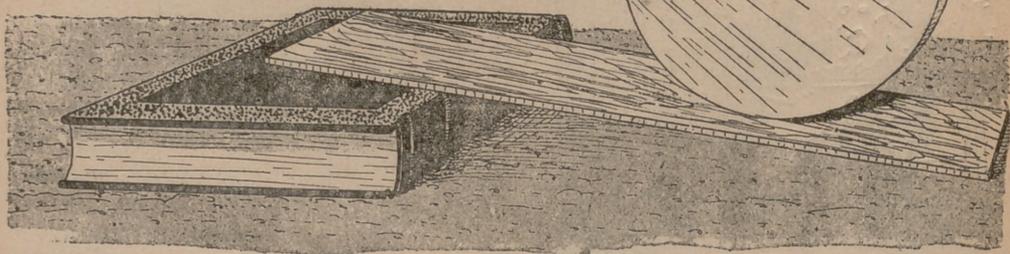
Al autor del mejor pensamiento le haremos entrega de un magnífico ejemplar de *Don Quijote de la Mancha*.

ENTRETENIMIENTOS CIENTÍFICOS

LA CAJA MISTERIOSA

POR

JAVIER CABEZAS



COLOCAD sobre la mesa de experimentos un libro grande, y encima de él una regla de dibujo, uno de cuyos extremos irá á posarse en la mesa, formando así una pendiente.

Si colocáis encima de la regla una cajita redonda, fácilmente la veréis descender apenas quede libre de vuestras manos.

Esto es muy fácil, ¿verdad, Federiquín? ¿Te atreves tú á realizar esto? ¿Dices que sí, á pesar de no tener más que tres años? Conformes. Mas ¿qué dirías si te mandase que obligaras á la caja, estando en libertad, á remontar la pendiente? No arrugues el entrecejo. Los niños han de ser francos, y confesar su impotencia cuando llega el caso. No, no es imposible.

Yo te lo explicaré:

¿Ves aquel punto de la caja en que existe marcada una *x*?, pues allí hay una bolita de plomo adherida al cartón. Como hemos graduado previamente el peso, la bolita hace girar á la caja en sentido ascendente, y remontar la cuesta de maravilloso modo.

Puede ocurrir que la regla sea demasiado larga y no pueda la caja remontar toda la pendiente; aquí la destreza del operador.

Haced el juego en esta forma: Indicad á vuestros amigos que tenéis una caja maravillosa y preguntadles si ellos serían capaces de hacer que otra caja suba una pendiente. Alguno os dirá que sí, y hasta lo intentará sin conseguirlo.

Entonces sacáis del bolsillo la vuestra y les decís: «Os advierto que esta cajita misteriosa es tan obediente que no es necesario mandarle dos veces la misma cosa, mas tal vez por esto es muy sensible y no gusta que la molesten demasiado.

En la caja tened hecha una señal, sólo visible para vosotros, que os indique el sitio adonde está adherido lo que podríamos llamar el *alma* del experimento. Indicad á la cajita, mientras la ponéis en la pendiente, que suba la «cuesta dura y penosa de la vida»; ella subirá en medio de la admiración de los espectadores; pero en cuanto veáis que el punto en que está la bolita de plomo va á llegar á la regla, dad la voz de alto y decid: «Ahora ya no se mueve ni para atrás ni para adelante».

Y tened por seguro que allí estará hasta que la saquéis del cautiverio.

el Sr. Hicks, no teniendo otra cosa que hacer, se echó á dormir y al amanecer del día siguiente el transporte *María-Ana* estaba á mas de cien millas de la costa de Africa.

CAPÍTULO XXI

NUESTRO HÉROE HACE EL DIABLO Á CUATRO

Dejemos al lector imaginarse el efecto del desenlace á la mañana siguiente. Todos están furiosos menos Juan, que no desea más que reir. El capitán quería volver á Tetuán para llevarse á la señorita Hicks; Gascoigne para llevarse á Azar, y el vicecónsul para obtener su libertad; pero el viento era contrario y Juan pudo poner en parte segura al capitán.

Dijole que si volvía perdería el flete, que tendría que pagar los bueyes que se muriesen y que si deseaba tomar por esposa á la señorita Hicks no debía empezar por comprometerla, teniéndola á bordo antes del matrimonio; tanto más cuanto que podría en cualquier ocasión volver y casarse con ella sin que su hermano se lo pudiese impedir.

Todos estos eran buenos consejos, y el capitán lo conoció así y se tranquilizó, poniendo inmediatamente las alas y arrastraderas para marchar más deprisa.

En cuanto á Gascoigne era inútil razonar con él, y se convino en que se le daría una satisfacción tan luego como bajasen á tierra otra vez.

El Sr. Hicks era el más enfurecido; insistía en que el buque volviese, á lo cual se negaron, tanto Juan como el capitán, no obstante que les amenazaba con todo el Ministerio de Negocios Extranjeros. Quería á toda costa que le dieran su ropa,

pero Juan contestó que se había caído al mar al venir en el bote. Después pidió al contramaestre y á los hombres de la tripulación que volviesen el buque á Tetuán, pero aquéllos se echaron á reir al verle vestido de mujer.

—De todos modos yo haré que le despidan á usted del servicio — dijo con furor dirigiéndose al pequeño filósofo.

—Me hará usted un gran favor — contestó éste.

El capitán Hogg se divertía con la vista del vicecónsul en el traje de su hermana, y olvidó completamente el chasco que le habían dado. Hizo de nuevo amistad con Juan, y así reconquistó su imperio; mandó que llevaran cerveza instalándose junto al cabrestante de proa. Allí tuvieron una excelente comida, pero el Sr. Hicks se negó á sentarse á la mesa, lo cual no perturbó el apetito de Juan, ni el del capitán. Gascoigne no pudo tomar bocado. Pero bebió excesivamente mirando por entre el vaso á Juan como si quisiera devorarlo. Este no hacía más que reir, tanto más cuanto que Hicks suplicaba uno por uno á los hombres de la tripulación que le prestasen un vestido de su sexo, y éstos, amonestados por Juan, que había previsto el caso, se negaban á prestárselo. No había ni una chaqueta, ni un par de pantalones disponibles en todo el buque para el Sr. Hicks, que no los pudo alcanzar ni por protestas ni por dinero. Entonces juzgó conveniente bajar un poco el tono, y se dirigió al capitán, el cual dijo que le prestaría un traje si consentía en su matrimonio con su hermana, proposición á la cual Hicks dió una respuesta indigna y negativa. Después se dirigió á Gascoigne, el cual en tono seco le contestó que se fuese al diablo. Por último, suplicó á Juan, que se echó á reir y dijo que le gustaba mucho verle así. El

Sr. Hicks tuvo que quedarse con sus vestidos de mujer, jurando venganza en su interior.

Gascoigne, que había bebido mucho sin comer nada, se tendió en su hamaca á dormir, mientras el capitán Hogg y nuestro héroe bebían su cerveza junto al cabrestante de proa. Así se pasó el primer día, siendo el viento muy favorable; la *María-Ana* había andado ya más de doscientas millas. Juan tomó posesión de la otra hamaca de la cámara, y el representante de S. M. británica tuvo necesidad de tenderse con sus vestidos de mujer sobre una gavia que había entre puentes, con un buey á cada lado, que de cuando en cuando le enderezaban una topetada como si supieran que á él debían el ir en el barco y el estar destinados á alimentar las tripulaciones de la escuadra de Tolón.

En la mañana del día undécimo se encontraban en medio de la escuadra en Tolón, y el Sr. Hicks se sonreía con júbilo al pasar vestido de mujer junto á nuestro héroe, admirándose de que Juan no mostrase señales de temor.

Juan mandó situar el buque junto á la proa del navío almirante, echó el bote al mar, pasó á bordo, mostró sus credenciales y anunció que llevaba los bueyes pedidos.

Hízose la señal general, se repartió el ganado y entonces el Almirante preguntó á Juan si el patrón del transporte tenía á bordo más provisiones. Juan contestó que no; pero que habiéndole dicho el gobernador de Malta que serían aceptables en la escuadra algunos carneros y unas cuantas docenas de gallinas, los había tomado y estaban á disposición del Almirante si quería aceptarlos. Este se manifestó muy obligado al gobernador y también á Juan; pero dijo que no los aceptaba

sin pagarlos. Le mandó que los enviase á bordo tan luego como tuviese tiempo y le convidó á comer, porque Juan se había puesto su mejor traje y tenía toda la apariencia de un caballero.

—Sr. Franco — dijo el capitán del buque Almirante que estaba mirando con su antejo al transporte — ¿es la señora del patrón la que viene á bordo?

—No señor—contestó Juan—es el vicecónsul.

—¡Cómo! ¡El vicecónsul vestido de mujer!

—Sí, señor, el vicecónsul de Tetuán. Vino á bordo en ese traje cuando el bergantín había levado anclas y yo creía que era de mi deber no detenernos un momento sabiendo cuán importante era que la escuadra estuviese provista de carne fresca.

—¿Qué significa esto, Sr. Franco?—dijo el Almirante—. Aquí debe haber alguna calaverada. Tenga usted la bondad de venir á mi cámara.

Franco siguió al Almirante y al capitán á la cámara y allí refirió toda la historia del engaño. Fué imposible á aquellos dos jefes contener la risa.

—Sr. Franco — dijo el Almirante al fin—: no puedo vituperar enteramente la conducta de usted. Parece que el capitán del transporte hubiera dilatado su venida á causa de sus amores y que el Sr. Gascoigne también se hubiera detenido allí por la misma causa, con riesgo de crear una animadversión contra los ingleses por el rapto de esa joven mora; pero creo que podría usted haber arreglado todo esto sin poner al vicecónsul vestido de mujer.

—No se me ocurrió otra cosa mejor—contestó Juan humildemente.

—De todos modos ha hecho usted bien. Capitán Malcolm, envíe usted un bote por el vicecónsul.

El Sr. Hicks estaba impaciente de referir sus agravios; llegó á bordo, y aunque la algarazara que se movió á su vista fué grande, imaginó que todo se volvería en su favor cuando se supiese que era un miembro del cuerpo consular. Refirió su historia y esperó la decisión del Almirante que, en su concepto, debía causar la desgracia de Juan. Pero el Almirante contestó:

—Sr. Hicks me parece que ese es un asunto de familia concerniente al matrimonio de su hermana de usted, asunto con el cual nosotros nada tenemos que ver. Usted vino á bordo del transporte por su propia voluntad, disfrazado con los vestidos de su hermana: el Sr. Franco tenía órdenes terminantes, á las que ha obedecido. Puede usted presentar su queja si quiere; pero como amigo le diré que si lo hace podrá quizá ser destituido, porque la clase de medios diplomáticos que usted ha usado, no son del gusto del Ministerio de Negocios Extranjeros. Puede usted volver al transporte, el cual, después de haber tocado en Mahón, volverá otra vez á Tetuán. El bote está á disposición de usted al costado del buque.

El Sr. Hicks, asombrado de la falta de respeto que se tenía con un vicecónsul, recogió su vestido entre las piernas y bajó por el costado del buque entre las risotadas de toda la tripulación.

—Juan comió con el Almirante que le mandó saliese aquella noche para Menorca.

Se izaron los botes. La *Maria-Ana* levantó su pabellón y se hizo á la vela.

Juan esperó hasta que Gascoigne pasó junto á él otra vez, y entonces, mirándole con amistad y como si nada hubiera pasado, le dijo:

—Vamos á Gascoigne ¿quiere usted un vaso de cerveza?

Gascoigne se sonrió; Juan le tendió la mano; la reconciliación se efectuó en un momento.

—Dentro de dos días estaremos en Menorca — observó Juan al cabo de un rato—. Ahora me alegro mucho de ir allá. ¿Usted sabe Gascoigne, que estoy muy satisfecho de mí mismo? Esta vez no me he metido en ningún embrollo; sin embargo, tendré una buena historia que contar al gobernador cuando vayamos á Malta.

—En parte será á mis expensas

—Figurará un poco en ella, pero otros han de figurar mucho más.

—¿Qué habrá sido de la pobre muchacha?; lo que me desconcierta es que pensará que he sido un perverso.

—Eso es indudable; tome usted otro vaso de cerveza.

—Su padre me dió este gran diamante.

—¡Valiente bruto! Véndale usted y hébaselo á su salud.

—No; le conservaré en memoria de su hija.

Aquí Gascoigne cayó en melancólica meditación y Juan pensó en Inés.

Dos días después llegaron á Mahón y encontraron allí la *Aurora* mandada por el capitán Wilson. El Sr. Hicks había persuadido al capitán Hogg á que le diese ropa de hombre, y Juan levantó la prohibición que había impuesto.

El Sr. Hicks sabía que sería inútil hablar al capitán Wilson; permaneció á bordo mantenido por el capitán Hogg, y consintió en el enlace con su hermana.

En cuanto á la pobre Azar había andado por las calles vestida con el traje de la señorita Hicks hasta que se había cansado. Llena de dolor volvió á su casa y fué recibida por su padre, quien creyendo que era la señorita Hicks quedó al principio traspasado de gozo; pero cuando descu-

brió que era su hija, se puso furioso y al día siguiente la envió al harén de Osman Alí.

Cuando Juan dió cuenta de su comisión al capitán Wilson, no refirió la historia de los raptos para no herir los sentimientos de Gascoigne. Wilson se mostró satisfecho del desempeño de su comisión y le preguntó si prefería continuar en la *Harpy* ó quería seguirle á bordo de la *Aurora*.

Juan vaciló antes de responder.

—Hable usted francamente, Sr. Franco. Si usted prefiere al capitán Sawbridge yo no me enfadaré.

—No, señor; no prefiero al capitán Sawbridge. Los dos han sido ustedes igualmente afectuosos para mí, pero prefiero á usted. Sin embargo, la verdad es que quisiera no separarme de Gascoigne, ni tampoco...

—¿De quién?

—De Mesty. Usted podrá creerme loco; pero la verdad es que yo no estaría vivo en este momento si no hubiera sido por Mesty.

—No considero que la gratitud sea una locura, Sr. Franco — dijo el capitán. En cuanto á Gascoigne intento que venga conmigo, si quiere, porque considero mucho á su padre, y, generalmente hablando, es un buen muchacho. Respecto de Mesty, es muy útil y se ha portado muy bien con usted; pensaré en lo que debe hacerse.

Mesty fué incluído en la lista de la tripulación que acompañaba al capitán Wilson y nombrado para el mismo empleo que tenía en la *Harpy* á las órdenes del oficial de mar que cuidaba del servicio de centinelas, limpieza de armas y policía del buque. Gascoigne y Juan pasaron también á la fragata *Aurora*.

Como nuestro héroe nunca había mostrado una notable predilección por el bu-

que, pidió al capitán Wilson unos días de licencia para bajar á tierra antes de pasar á bordo. Wilson concedió la misma licencia á Gascoigne. Juan estableció su alojamiento en la única fonda respetable de la ciudad, y cuando encontraba un oficial le convidaba á su mesa. La reputación de Juan le había precedido á bordo de la fragata, y los guardias marinas bebían con mucho gusto su vino y aseguraban que era un héroe.

Juan no se engañó acerca del sentimiento que dictaban estas muestras de amistad; pero procediendo con arreglo á los principios de igualdad, decía que era obligación de los que podían dar comidas, ofrecerlas á los que no podían. Este era un gran error de parte de Juan, pero no había aprendido todavía el valor del dinero y era tan tonto que pensaba que lo único que podía hacer de él era hacer dichosos á los demás. Debe decirse en disculpa suya que el filósofo no había cumplido aún los diez y ocho años.

Al fin permaneció tanto tiempo en tierra teniendo casa abierta, que el primer teniente observó que los oficiales pedían muchas veces licencia, ya que no les costaba nada vivir en tierra, y le envió un mensaje muy atento pidiéndole que hiciera el favor de acompañarle aquella tarde.

Juan contestó que no habiendo sabido que deseaba verle, había prometido á varios amigos asistir á un baile de máscaras aquella noche; pero que no dejaría de presentarle sus respetos al día siguiente.

Había escogido el traje de diablo por ser el que creyó más propio, y montado en un asno se dirigió al baile de máscaras. Iba á entrar en el salón cuando vió llegar un carruaje amarillo con dos lacayos de brillante librea. Se detuvo, y

CURIOSIDADES

LOS PAROS (*pájaros artistas*)

SON éstos unos pequeños pajarillos cuya estructura no ofrece nada de particular, pero sí sus costumbres. Empiezan por ser unos verdaderos artistas, maestros en la construcción de nidos, pues de tal modo los fabrican que ningún otro volátil llega á igualarles.

La materia empleada para la construcción de sus nidos es la misma que usan las demás aves; lo extraño, lo verdaderamente notable, es la forma, que se asemeja en mucho á las botas de vino. Y para darles mayor semejanza los cuelgan de las ramas.

Por eso es muy frecuente que el viajero que pisa por primera vez los parajes en que los paros anidan, cuando después de larga caminata divisa un nido de éstos, le toma por receptáculo vinícola y apresura el paso, gozando de antemano con el traguillo reparador de las fuerzas perdidas.

Sólo que ¡ay! cuando llega junto al árbol ve con pena que la bota es un nido por cuya parte superior asoma la cabeza un desvergonzado pajarillo que se ríe de su credulidad.

Tan grande es el sentimiento de la familia en estos volátiles, que cuando es cogido uno todos acuden á llevarle comida á la jaula, y poco á poco van arrancando trocitos de madera, hasta conseguir hacer un agujero por donde huye el preso. Entonces la familia emigra de allí en busca de parajes más tranquilos.

El que aprisiona á un paro y conoce sus costumbres, ya cuenta con toda la familia por suya; con sujetarle á una caña untada de liga, no tiene más que esperar á que vengan los otros: ni uno solo faltará.

Mas hay que contar con la destreza de los paros, que es muy grande, y algunos afirman haber visto á uno de estos pajarillos dar libertad á uno de su especie que había sido hecho prisionero y dejado en el campo sujeto por una pata á la cual habían atado una cuerda con cinco nudos, que el salvador desató pacientemente.

A estos pájaros artífices llaman los naturalistas *parus candatus*, y los campesinos *pájaros constructores*.

M.



NUESTRAS REFORMAS

Entre otras, que poco á poco iremos dando á conocer, desde este número introducimos una que ha de gustar á nuestros lectores: nos referimos á la publicación de la cubierta en magnífico papel blanco, estampado con dos colores, rosa y azul, y un dibujo de Cuevas en cada número.

ROSA Y AZUL

—Dame muchos besitos, querida abuela.
 —Bien sé yo lo que valen esos cariños;
 ya diré que te lleven á la Zarzuela,
 donde habrá, de seguro, baile de niños.
 —El del año pasado me gustó mucho,
 y todos me decían que iba muy guapa.
 Aún tengo dos bombones de aquel cartucho
 que me dió aquel Tenorio de roja capa.
 ¿Y tú vendrás conmigo?—;Qué disparate!
 A mí ya no me halagan las diversiones.
 —Te darían bombones de chocolate.
 —Para las pobres viejas ya no hay bombones.
 —¿Y á tí te gusta el baile?—;Qué preguntillas!
 —No es para que te enfades, ni que te ofendas.
 —Veremos cómo tienes las pantorrillas
 después de ochenta y cinco carnestolendas.
 ¿Ves estè cuerpecito flacucho y lacio?
 Pues ha sido en sus días muy sandunguero;
 y una noche, en un baile que hubo en Palacio,
 bailé unos rigodones con Espartero.
 También yo hacía entonces como tú haces;
 pero cuando á la tierra tu cuerpo inclines,
 no buscarás modelos para disfraces
 en revistas de modas, ni en figurines.
 —Pues ya que de disfraces estás hablando,
 ¿sabes cuál llevaría si le escogiera?
 Pues uno que ahora mismo le estoy mirando;
 así me vestiría si yo pudiera.
 —Cierto que es una moza de buen empaque;
 en su mano enguantada tiene una copa;
 pero esta figurita del Almanaque,
 lleva, según advierto, muy poca ropa.
 De seguro no saben estos pintores
 los estragos que causan con sus pinceles.
 Esta mujer, que brinda néctar de amores,
 quizás deja en el alma sabor de hieles.
 —No entiendo lo que dices.—;Mucho me alegro!

Pero escucha un consejo sencillo y franco:
 á mis años, el mundo se ve muy negro;
 pero, en cambio, á los tuyos, se ve muy blanco.
 Esa mujer que admiras, es la Locura;
 la sonrisa en sus labios siempre aparece;
 roba á los corazones paz y ventura,
 y en la copa que brinda ponzoña ofrece.
 Brilla en sus negros ojos ardiente fuego;
 dibújase en sus labios sonrisa grata;
 mas pronto al alma priva de su sosiego,
 y la ilusión más pura destruye y mata.
 No te engañe, hija mía, con sus halagos;
 lleva la fe en tu alma siempre encendida,
 porque tú no comprendes cuántos estragos
 ocasiona en el alma la fe perdida.
 Yo haré que esa figura de aquí se saque,
 pues hasta en cartulina ya es peligrosa;
 no vaya la figura de ese Almanaque
 á turbar de tu vida la paz hermosa.
 Y no ya de Locura, que da dolores,
 debes tú disfrazarte para ese día;
 sino de «azul» y «rosa», llena de flores,
 ilusiones y cielo, luz y alegría.
 Son de color de rosa tus dulces sueños,
 tus pensamientos puros, tus esperanzas,
 tus plácidos delirios tan halagüeños,
 y hasta los suspiros que alegre lanzas.
 Es azul ese cielo, divino y santo,
 al que eleva sus ojos el que á Dios reza;
 azul tiene la Virgen su puro manto...
 ¡Ya ves tú si es la Virgen toda belleza!
 También de azul y rosa son los celajes
 de ese cielo en que moran los querubines;
 ¡ya ves tú si son éstos más lindos trajes
 que los que nos ofrecen los figurines!
 —Tu advertencia, abuelita, la encuentro justa;
 pero puede arreglarse, y el modo es éste:
 me lo haré de esta forma, porque me gusta;
 pero será de rosa y azul celeste.

JUAN REDONDO Y MENDUÑA

CRONIQUELLA

LLEGÓ el Carnaval con sus locuras, sus serpentinatas, sus *confettis* y sus eternas máscaras.

Las calles se ven llenas de bebés grandullones, que, olvidando por un momento cuán inexorable es el tiempo, truecan sus ropajes ordinarios por los que gastamos nosotros, los niños.

Aseguran que los locos y los niños son los que dicen las verdades, y las máscaras con-

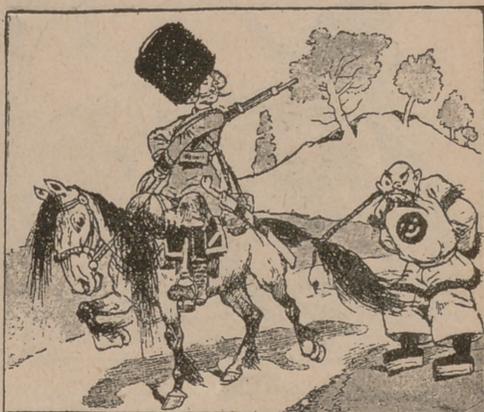
pueblo culto, y se derrochan en papelillos que alfombran el suelo con sus chillones colores sumas que llevarían el consuelo á las innumerables familias que carecen de abrigo, de alimentos, de todo cuanto constituye vida; la segunda, porque las groserías siempre son censurables y merecedoras de un correctivo, y la tercera, porque aun siendo lo único simpático del Carnaval, ocasiona molestias á los niños y tal vez enfermedades que se desenlazan funestamente.

Lejos de nuestro ánimo censurar á los padres que visten á sus hijos con trajecitos de

La música dulcifica las costumbres.



He aquí dos enemigos: un chinito que, por su amor al Japón, intenta levantar los rieles del Transiberiano, y el terrible cosaco que le ha cogido y...



Amarrado á la cola del caballo le lleva cautivo. Ya le dirá el gran Barbaroffff, terror de la tierra y de los mares, cómo las gastan los cosacos.

viértense por un momento en niños y locos, para decir las que tienen ocultas durante un año. Sólo que en la mayoría de los casos estas verdades son unas solemnísimas gansadas del peor gusto, que á veces terminan con la máscara en la prevención ó en la Casa de Socorro.

Es el Carnaval una fiesta antipática é inculca que debería desaparecer. En ella preséntanse tres notas: la bacanal, la astracana y las manchas de irisados colores que ofrecen los niños con sus trajecitos.

Cualquiera de los tres es censurable; la primera, porque dice poco en favor de un

alegres telas, descuidando el abrigo tan necesario en estos días, ni á aquellos otros que cargan á los niños con pesados atavíos. Pero encontrando monísimas á esas criaturas, pensamos que estarían mucho mejor ataviadas con los trajecitos de lana que á diario usan, y con los cuales marcharían más sueltos, más abrigados; en una palabra, que estarían más en su centro.

Por otra parte, es el disfrazar á los niños inculcarles una costumbre que no ofrece nada bueno y sí mucho malo.

BEBÉ

CUENTOS DEL CONCURSO

CONVERSIÓN

Eso es plata dorada, *Rorro*; no hay más que ver.

—Pues hijo, yo hubiera jurado que era oro cuando abrí la alacena donde lo tenía guardado el viejo.

—Vamos, hombre; tú estas borracho y disparatas. ¿Cómo iba á mirarnos un pedazo de madera?

—Tienes razón, madera es; pero juro por mi ánima que nos miraba.

—Tú has oído alguna plática de ese viejo egoistón y avaro que quiere embaucar al pueblo para que echen dinero en el cepillo y comprar con él candeleros y adornos

La música dulcifica las costumbres.



Pero ¿qué ocurre? El cosaco detiene su caballo; el chino levanta tristemente la cabeza. Un lindo pajarillo canta armoniosamente... Hasta el caballo se enternece. ¡Oh, la música!



El pajarillo sigue lanzando al viento sus dulces trinos. El cosaco desciende del caballo, pone en libertad al chino y se quedan escuchando embelesados... ¡Es muy lindo aquel cántico!

—Sin embargo, todo esto bien puede valer cuatro mil reales.

—No tanto, *Rorro*, no tanto; los candeleros no son macizos, y el cáliz es muy delgado.

—Sea como sea, *Lobo*, ha sido un buen golpe, y sin exposición ninguna, porque el viejo cura estaba en su casa y teníamos la noche por nuestra para buscar lo que fuera necesario.

—Mira, *Rorro*, á pesar de todo, nunca he tenido más miedo al cometer un robo: ¿no viste los ojos que nos echaba el Cristo del altar mayor?

para la iglesia: él es quien dice esos desatinos de que los santos miran, hacen milagros y qué sé yo cuantos disparates más que sólo creen los tontos.

—Yo no creo nada de eso, *Rorro*; yo no voy nunca á oír á ese viejo hipócrita que sólo procura su bienestar y sus comodidades; pero no te quepa duda de que el Cristo nos miraba.

Tres campanillazos repetidos llamaron la atención de nuestros interlocutores que, suspendiendo el diálogo, pusiéronse en guardia.

—¿Has oído, *Rorro*?

—Sí; parece una campanilla.

—Pero ¿quién podrá ser á estas horas y con la noche que hace?

Efectivamente; del cielo caían torrentes de agua, y los relámpagos y truenos se sucedían.

—Apaga la luz, *Lobo*, y vamos á ver quién es.

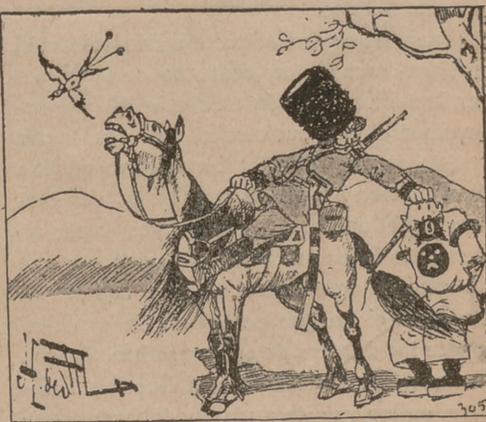
el tiempo y el uso. Delante de él, un niño, con un farol en una mano y un Crucifijo y la campanilla en la otra, iba contestando á las oraciones que en latín recitaba el anciano.

Ambos iban completamente calados: los blancos cabellos del sacerdote, empapados en agua, caían pegados sobre su amplia frente.

La música dulcifica las costumbres.



El canto se prolonga, cada vez más dulce, más armonioso. El caballo toma asiento, y los irreconciliables enemigos comienzan á bailar frenéticamente. El baile fraterniza.



Pero apenas el pájarillo levanta el vuelo y cesan sus trinos, el cosaco amarra al chino y parte con él para entregarle al gran Barbaroffff, terror de los mares y la tierra.

Lobo sopló una vela de sebo que ardía colocada en un trozo de botella, y salió con su compañero de la cueva donde estaban.

Con las mayores precauciones para no ser vistos, fuéronse acercando al sitio donde había sonado el ruido de la campanilla, y ocultándose tras unas espesas matas, pudieron observar sin ser vistos.

Un anciano sacerdote, con la venerable cabeza descubierta, caminaba con inseguro paso, llevando entre ambas manos y pendiente de un cordón al cuello una gran bolsa de terciopelo, bordada, descolorida por

Resbalando aquí, tropezando allá y expuesto constantemente á caer, continuaba su camino, como si en él no encontrara ningún obstáculo.

—*Rorro*, ¿es el viejo!

—Sí; irá á llevar el Viático al Sr. Antonio, el marido de la *Parda*, que está muy malo.

Ni una palabra más volvió á cruzarse entre aquellos hombres: quedáronse pensativos, silenciosos, y sus torvos y ceñudos semblantes revelaban que algo extraño pasaba por sus mentes.

Poco tiempo después volvió á sonar la campanilla, y el anciano sacerdote y el joven sacristán volvieron á pasar por delante de ellos.

Aquella campanilla sonaba de una manera especial en medio del bosque, y aunque sus vibraciones eran apagadas por el ruido de la lluvia que continuaba cayendo torrencialmente, debió llegar, sin embargo, al corazón de los bandidos que, sin darse cuenta de lo que hacían, se descubrieron con respeto y cayeron de rodillas al pasar delante de ellos el santo Viático.

Acaso no supieran que era Dios mismo el que tan cerca tenían; acaso no comprendieran la sublime grandeza del misterio que representa el pan eucarístico que nos legara Jesús á su paso por la tierra; pero aquella figura venerable que lo llevaba en sus manos, aquel anciano á quien ellos hacía un momento habían motejado de egoísta y que no vacilaba en una noche como aquella en atravesar el bosque para cumplir gratuitamente los deberes de su sagrado ministerio, conmovió el corazón de aquellos dos hombres, en los que sin duda quedaba algo que no era podredumbre.

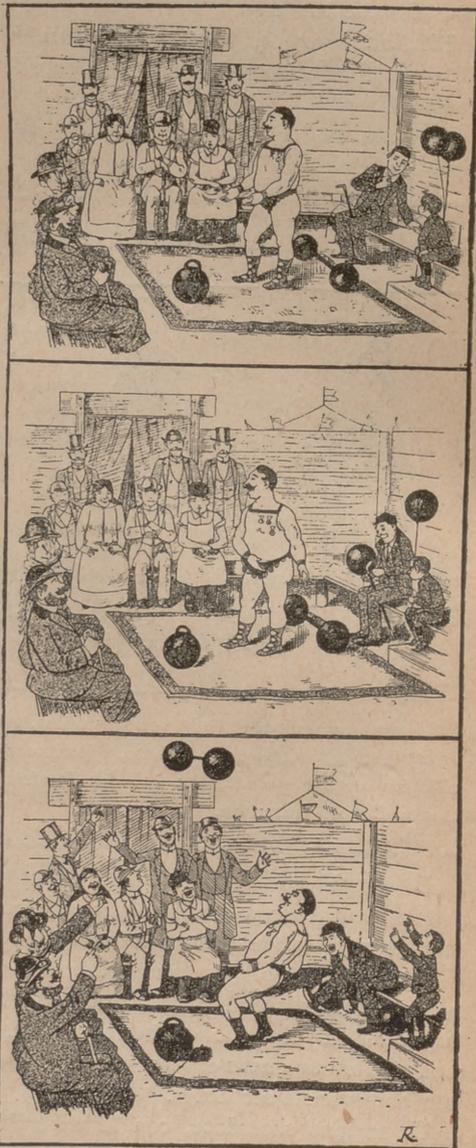
A la mañana siguiente, el pueblo, alborozado, supo que, bajo secreto de confesión, le habían sido devueltos al virtuoso párroco todos los objetos que de la iglesia habían robado.

Desde aquel día se notó también que no desaparecía ganado de los cortijos del término, y que de los corrales no faltaban ya gallinas: lo que no supieron nunca los vecinos, ni se pudieron explicar jamás, fué por qué el *Lobo* y el *Rorro* no entraban nunca en la taberna, ni por qué iban todos los días á la iglesia y oraban largo rato ante el Cristo del altar mayor.

Lema: SIEMPRE ES TIEMPO.

(Número veintiséis de los admitidos.)

Las pesas de 1.000 kilos.



—Oye, Ninchi, trae dos globos; verás qué risa. Ya está. ¡Eh, que se escapan las pesas de 1.000 kilos! ¡Cuidado, señores, cuidado!

DE COLABORACION INFANTIL

EL DOMINÓ NEGRO

ERA domingo de Carnaval. La gente pasaba por las calles lanzando alegres carcajadas. Sinnúmero de bebés y otras clases de máscaras, invadían los paseos. La alegría reinaba por todas partes.

Mientras, en una casa de pobre aspecto agonizaba una mujer; era viuda, y su única esperanza la cifraba en un hijo, niño de doce años que, apoyado en el pobre lechó, veía cómo su madre se marchaba por momentos. Conociendo ésta su próximo fin, dijo:

—¡Hijo mío, acuérdate siempre de tu madre que te espera en el cielo!—y expiró.

Ricardo lloró á su madre, pero sin que sintiera como otras personas el dolor que produce la pérdida de un ser tan querido.



Es martes de Carnaval. La gente pasea con la misma animación que otros días. El *confetti* y las serpentinas lo cubren todo. La aglomeración de gente es insoportable. En-

tre un grupo de alegres máscaras se ven tres muchachos de poco más de doce años, muy alegres, menos uno que, con mirada incierta, se fija en todos lados. Este es Ricardo, que sacado de casa por aquellos amigotes, ha olvidado por un momento el recuerdo sagrado de su madre. ¿Por qué Ricardo vuelve tantas veces la cabeza? Porque detrás de él viene toda la tarde un dominó negro, vestido con exquisita elegancia, y por la careta asoman dos ojos centelleantes. Su persecución era incesante. Ricardo, asombrado, preguntó á sus compañeros si veían algo detrás. Le contestaron que no veían nada.

Llegó la noche. Ricardo se acostó preso de una gran agitación. Durmió poco, y á la media noche le pareció ver otra vez aquel dominó negro.

Al día siguiente contó todo á un sacerdote conocido, quien le dijo con acento dulce:

—Ricardo, aquel dominó negro era el remordimiento de tu mala acción. Reza mucho por el eterno descanso de tu madre, y Dios te perdonará.

J. GALLARDO.

Madrid.

CORRESPONDENCIA

Pompeyo Lozano.—Gádor.—Recibo su aviso; esté tranquilo. El artículo no ha llegado á mi poder. Repita el envío.

Antonio Martínez.—Pravia.—De lo primero está usted en lo cierto; en lo segundo no tengo noticias. Haga el favor de repetirlos.

Mario Lanchó.—Madrid.—Ahora está mejor la imitación; pero todavía no es admisible. Los dibujos son demasiado infantiles. Esmérese un poquito más y le complaceré. Los originales á que aludé no los recuerdo.

Rafael Fernández.—Hornachuelos.—Le agradezco sus deseos de conocer al Director; pero éste no se presta á poner su cara en vergüenza. Cuando publiquen *La hija del usurero*, verá usted el retrato en la cubierta, inserto contra la voluntad del interesado.

José M. Pendás.—Pravia.—Publicaré la fuga.

Blas González Soto.—Idem.—Muy bien.
Francisco Córdoba.—Córdoba.—Admitido.

A. Otero.—La Línea.—La composición adolece de algunos defectos fáciles de corregir si no fuera porque no encaja en ROSA Y AZUL.

Ibán Iscar.—Entran en turno.

María C. Nogales.—Peñarroya.—Encuentro la solución demasiado difícil.

Leandro González Francés.—Córdoba.—Entran en turno.

Agustín Cortines.—Salamanca.—Muy bien las soluciones.

Esteban Rayón.—Madrid.—Creo que podrá usted conseguir su deseo en seguida, porque los versos que me envía no están mal escritos; pero el asunto no encaja bien. Envíe otra cosa cortita.

Luisita Ramírez.—Barcelona.—Creemos lo mismo; ahora hace falta que todos piensen igual. Las cubiertas en colores empezarán á publicarse en Marzo, desde este número. Gracias.



PREGUNTA por Antonio Aguirre.
 ¿En qué se parecen un huevo y una castaña?

FUGA DE VOCALES por Adolfo J. Topham.

L.l. R.s.r.. M.r.g.r.t. J..n.
 R.f.l.l. Fr.nc.sc. C.f.r.n.
 l..s. M.r.. L.z R.s.n.
 R.y.s M.n.l. R.s.l. y .n.
 .d.l. t.l. P.z .n.s S.s.n.
 C.m.l. F. M.rc.d.s .n.g.l.n.
 P.n. L..s. R.m.n. L..p.l.d.n.
 y .n. l.t.m. l.g.r.p.ndr. . J.l..n.
 H.r.m.s.s s.n g.l.l.r.d.s y f.r.n.d.s
 g..rd.n p.r.l.s p.r d..nt.s .n s.s b.c.s
 s.n d. d.ch.s y .m.r d.l.c.g..r.d.s
 T.d.s .st.s . n t..mp. c.s. l.c.s
 m. q..r.n c.n s.s .l.m.s y s.s v.d.s
 p.r. y. l.s d.spr.c.o p.r s.r p.c.s

JEROGLÍFICO por Ibán Iscar.

C

Nota

CRUZ NUMÉRICA por Gil Farrán.

1 6 9	Vegetal.
9 6 4	Artículo.
3 2 8	Pecado capital.
5 3 2 8 7 8 4	Tiempo de verbo.
5 6 2 3 7 3 6	Nombre de varón.
4 6 9	Astro.
9 3 4	Flor.
4 8 9	Condimento.
4 3 9	Río.
4 3 2 3 8	País del Asia.
7 8 9 5 3 1 6	Mar.
1 2 2 4 5 6 7 8 9	Nombre de varón.

TARJETA por Vicente Más.



Con las anteriores letras formar el nombre de un rey godo.

CHARADA por Manuel Caldeiro.

*Primera tres animal;
 animal segunda tres;
 dos prima se usa en las lanchas,
 y el todo apellido es.*

CHARADA por José de Torre.

*Mi primera es una nota;
 mi segunda musical;
 mi tercera es otra nota,
 y el todo puerto de mar.*

JEROGLÍFICO por A. San Gil.

× + $\frac{\text{CONT}}{\text{TO}}$ que O T
 una $\frac{\text{P}}{\text{A}}$ se O Almenas
 NOTA O
 que nota $\frac{\text{NOTA}}{\text{TO}}$ nos e D. d
 y nac D N ose que

ADIVINANZA por Clementina Marchesi.

Oro parece, plata no es;
 creo que todos lo acertaréis.



SOLUCIONES

A la charada por A. J. Topham: ESCAMOTEO.
 A la pajarita numérica por Gil Farrán: GERANIO.
 Al jerooglífico por Rosita del Azahar: VINO DE CUENCA.

A la fuga de vocales por P. Riesco:

Tres cosas tiene Toledo
 que no las tiene Madrid:
 la catedral, la campana
 y el puente de San Martín.

Al cuadrado numérico por Federico del Río:

3	4	5	2
4	3	2	5
5	2	5	2
2	5	2	5

A la adivinanza por M. Ghaigneau: AQUÍ HACE FALTA TENER QUINQUÉ.

A la charada por Ibán Iscar: MICAELA.

A la artimaña por José Mérida:

O C A
 C A L
 A R O
 E M E
 P E Z
 A N A

PARA COLEGIALES

Los trajes de mejor forma los hace y reforma más baratos que nadie, **PEDRO S. CIMARRA**, sastre práctico. ✧✧✧

San Bernardo, 56, frente á la Universidad.

MAESTRAS

OPOSICIONES PARA CÁTEDRAS DE NORMALES

(CIENCIAS Y LETRAS)

Y ESCUELAS PÚBLICAS

GRAN ACADEMIA DE ESCRIBANO

PONTEJOS, 1, 2.º IZQUIERDA

Con la cooperación de varios Doctores y Licenciados en Ciencias, Letras y Derecho, Profesores de Normales y Maestros por oposición, de las Escuelas públicas de Madrid.

Completa preparación en todas las asignaturas que comprenden los estudios de Maestra de 1.ª enseñanza.

Esta acreditada y conocida Academia no necesita de pomposos anuncios, pues goza ya de justo crédito.

Honorarios adelantados: 30 PESETAS MENSUALES.

Horas para ver al Director: de seis á ocho.

Para cualquier otro detalle, dirigirse á la Academia con sello para la contestación.

EMULSIÓN IODO-TÁNICA

MADEMOISELLE

Es la única de aceite de bacalao con iodo y tanino que existe en el mundo y la más recetada por las eminencias médicas españolas

En todas las farmacias.

NUESTRAS REFORMAS

Desde el presente número ROSA Y AZUL, anticipándose á la primavera, saldrá á la calle con traje nuevo y vaporoso, como los niños comienzan á salir en los días que el sol luce sus cálidos rayos.

El traje consistirá en bonitas cubiertas debidas al lápiz de Cuevas y estampadas con tinta rosa y azul sobre magnífico papel blanco.

Como cada número llevará un dibujo distinto; constituirá esta reforma un verdadero aliciente, que no hemos de hacer resaltar.

Y á ésta seguirán otras, porque nos proponemos no dar paz á la mano en nuestro afán de mejorar más y más la Revista. De este modo creemos corresponder al favor que nos dispensan los niños.



LA PRIMERA CASA EN CHOCOLATES

BARQUILLO, 30.—MADRID

Géneros ultramarinos y del país.—Especialidad en quesos y conservas.

LA MAS HIGIENICA

LA QUE MEJOR PESA

PAIDOTROFO

ALIMENTO VERDADERO DE LOS NIÑOS

Sustituto del aceite de hígado de bacalao y de las emulsiones. Los supera en virtud terapéutica y es mucho más agradable.

De venta en todas las farmacias. Depósito en Madrid: Martín y Durán, Tetuán, 3, y Pérez, Martín, Velasco y Compañía, Mayor, 18.

ADVERTENCIA

Tenemos algunas colecciones, muy pocas, encuadradas del año 1904 (primero de la publicación de Rosa y Azul), al precio de 8 pesetas en Madrid, y 8,50 provincias.

Los que deseen alguna, pueden pedirla a estas oficinas, acompañando su importe en libranzas de Prensa, del Giro Mutuo ó Sobre Monedero.

Talleres de fotograbado

DE LOS

SUCESORES DE E. PAEZ

Directo, línea, zincografía.

Precios sin competencia.

Quintana, 33.—MADRID

LIBRERIA

DE

AGUSTIN SÁNCHEZ RODRIGO

Casa especial para surtir á los colegios de libros de enseñanza.

OBJETOS DE ESCRITORIO, MENAJE PARA ESCUELAS

SERRADILLA (Cáceres)

Pídanse catálogos.



MADRES Existen cajas falsificadas de la Denticina que han imitado bien para sorprenderlos, pero causan graves trastornos en las criaturas. La legítima, 3 pesetas.

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

ESTÓMAGO Las acedias, dispepsias, gastralgias, úlceras, diarreas, vómitos y cuanto revela malas digestiones se cura con Faría Estomacal F. Moreno. Conocida en todo el orbe. Caja: 8,50 pesetas (antes 10 reales).

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.



Para anuncios en esta revista, diríjense á

LA PRENSA

SOCIEDAD ANUNCIADORA

MAYOR, 1.—TELEFONO 123.—MADRID

PASTILLAS cloro-boro-sódicas **BONALD** — con cocaína —
Son insustituibles en la tos, ronquera, dolor de garganta, picor, aftas, sequedad, úlceras, granulaciones y afonía. Premiadas en varias Exposiciones.

ELIXIR antibacilar **BONALD**, de thioocol-cinamovanádico-fosfo-glicólico
De acción segura en la tuberculosis, bronco-neumonías crónicas, bronquitis, laringo-faringitis gripales, etc. Lo prescriben todos los médicos.

FRASCO, 5 PESETAS

ACANTHEA **BONALD**. Poderoso agente para combatir la neurastenia, 5 pesetas.

De venta en todas las farmacias y en la del autor,

Núñez de Arce (a. Gorguera), 17, Madrid